



CATAS LITERARIAS EN LAS
BODEGAS DE LA ALEGRÍA

GREGORIO MARTÍN GUTIÉRREZ

CONSTANTINO CAVAFIS

CHARLES BAUDELAIRE

FRANCOIS RABELAIS

LUCIANO DE SAMÓSATA

OMAR JAYYAM

HAFIZ



CATAS LITERARIAS EN LAS BODEGAS DE LA ALEGRÍA

Gregorio Martín Gutiérrez

En *Acerca del vino y del hachís*, Baudelaire llama “oro intelectual” al vino y le atribuye un “desarrollo poético excesivo del hombre”. A lo largo de estas páginas, vamos a emprender un breve periplo por las bodegas de la alegría en busca de ese “oro” en compañía de unos cuantos escritores de distintas épocas, amigos de la generosa penumbra de la taberna, de las animadas francachelas y el entusiasmo del banquete. De este modo, cataremos los añejos vinos del goce que nos ofrecen Luciano de Samósata, Omar Jayyam, Hafiz, François Rabelais, Charles Baudelaire y Constantino Cavafis; tan sólo unos pocos nombres de la amplia nómina de los autores que han puesto de relieve las cualidades del vino. Aunque cada uno esté bajo el signo de su época y su individualidad, es posible escuchar un eco entre ellos: el del tintineo alegre de la copa que incendia la vida, o que, al menos, la hace más llevadera y trae consuelo; por este motivo hemos decidido sentarlos caprichosamente a la misma mesa, ir tirando del hilo común, que confirma aquello de que “no hay nada nuevo bajo el sol”: entre los textos elegidos, tan distantes en principio, encontramos numerosas constantes, parecidas actitudes circulan entre ellos. Algunos de los vínculos son claros: por ejemplo, sabemos que Rabelais fue lector de Luciano y percibimos en él divertidas huellas de esa lectura: los viñedos cultivados dentro de la boca de Pantagruel nos recuerdan los que encontraron los marineros de Luciano en el interior de una ballena; la copiosidad con la que se escancia el morapio en las novelas de Rabelais nos hace evocar los milagros dionisiacos descritos por el de Samósata. En otros casos, las semejanzas son producto de las propias virtudes del vino y su capacidad para mejorar la vida de los hombres: los sufíes Jayyam y Hafiz nos proponen una receta similar a aquélla a la que se aferra Cavafis mucho más tarde. En efecto, a pesar del tiempo que los separa, todos estos escritores nos resultan entrañablemente cercanos y advertimos cierto parentesco entre ellos cuando hablan del vino. Pero comencemos ya nuestra visita sin más demora y probemos los curiosos “caldos” que nos ofrecen: el milagroso vino de Luciano, la curativa copa del escéptico Jayyam, el brindis amable de Hafiz, el rebosante morapio festivo de Rabelais, el confortante vino de Baudelaire y el rojo refugio de Cavafis frente a las tempestades.

LAS VIÑAS DENTRO DE LA BALLENA

En el siglo II, Luciano de Samósata imagina en sus *Relatos verídicos* un desmesurado viaje fantástico que incluye en su itinerario a la Luna. No hablaré de lo que les acontece allí a esos tempranos cosmonautas, por no tener relación con nuestro tema, sino de las variadas formas en las que aparece el vino en este divertido texto. No obstante, hay que decir que también encuentran viñas en la Luna, pero éstas no producen vino, sino agua. Según la explicación mágica del imaginativo narrador, el granizo procedería de los granos desprendidos de esas uvas.



FIG.1. Domingo Vega. *Baco* (2006)

Al comienzo de su periplo, los marineros arriban a una isla por la que ya ha pasado Dionisos y hallan un caudaloso río de vino en el que se manifiesta el paso del dios. Sus peces embriagan demasiado, así que deciden mezclarlos con otros, pescados en agua. Pero no es éste el hallazgo más maravilloso, ya que en sus riberas encuentran unas cautivadoras mujeres brotadas de la viña, lejanas precursoras de los monstruos vegetales de Arcimboldo, que los aturden con el ofrecimiento de sus sabrosas bocas, cuyos besos emborrachan de inmediato. Dos de ellos sucumben a la tentación, se transforman en vid y echan raíces en esa amena compañía.

Después de estos prodigios, los exploradores abandonan la isla, pero no sin antes llenar unas ánforas con el delicioso vino de aquel río milagroso. Podrían haber elegido la suerte de sus compañeros, sin embargo, otras aventuras aún más sorprendentes les aguardan. Y el vino tampoco les faltará. En efecto, tiempo después son engullidos por una monstruosa ballena, tan enorme que hasta hay bosques en su interior: al igual que en *Pantagruel*, en el que puede rastrearse la influencia de Luciano, unos mundos como cajas chinas, encierran otros. Asombrosamente, también encuentran un templo erigido a Poseidón por un viejo chipriota y su hijo, que llevan allí veintisiete años: una estancia nada fácil, pues a su alrededor acechan espantajos de pesadilla. Unas viñas que producen “un vino dulcísimo” hacen este encierro más soportable.

Pero la presencia del vino en este relato “verídico” de Luciano no acaba aquí. En la descripción de otra isla utópica, se habla de unos fabulosos viñedos que producen “doce cosechas al año y cada mes las vendimian”. Además, ocho ríos de vino rodean una ciudad, y en el lugar en el que celebran los banquetes hay unos árboles de cuyas

ramas brotan copas que se llenan de vino en cuanto son cogidas. Del mismo modo que luego en la obra de Rabelais, en la de Luciano el vino y la alegría parecen no tener límites.

EL REMEDIO DEL SABIO

En sus conocidos *Rubayat*, Omar Jayyam (1048-1132), matemático y poeta persa, se muestra pragmático y desconfía del paraíso que promete en el más allá ríos de miel, leche y vino. Jayyam advierte que prefiere apurarlo ahora, en esta vida, la única sobre la que tiene certidumbre:



FIG.2. Ilustración persa.
El cultivo de la vid (siglo XVI)

*“Una copa, una hermosa y un laúd a la orilla del campo,
estas tres cosas para mí al contado, y para ti el cielo prometido.”*

En el primer verso encontramos la sencilla enumeración de los elementos que pueden traer alegría al poeta, frente al acecho del tiempo que nos acerca al abismo. El vino es el antídoto contra ese vértigo, y más si acompaña a la música y la sensualidad de la amada. Es la afirmación de la vida, a pesar de la fragilidad de ésta:

*“Bebe vino, que la vida corre y la muerte va detrás,
y es mejor que transcurra en el sueño o en la ebriedad.”*

Por lo tanto, la alegría, con la ayuda de la copa de vino, es un mandato ante ese misterio que nos rodea:

*“Bebe vino, no sabes de dónde has venido.
Sé alegre, no sabes adónde irás.”*

DANZANDO EBRIO SOBRE SU TUMBA

En los versos del poeta persa Hafiz (c.1320-c.1389) hay, al igual que en Jayyam, continuas referencias al vino como refugio ante las inclemencias de la vida. A pesar del tiempo que separa a estos dos poetas, encontramos muchos elementos que se repiten en ambos. Como en Jayyam, el vino aparece unido a otros placeres, a los que se entrelaza con sencillez: los rizos de la amada, la música de los laúdes... No obstante, hay una diferencia notable en la actitud de ambos, en el tono que se desprende de sus versos: amargo en Jayyam y vitalista en Hafiz. Como acertadamente señala Rafael Cansinos Assens en su introducción a su *Antología de poetas persas*: “Si Omar Jayyam bebe para consolarse y olvidar la miseria y la humillación que supone el vivir, Hafiz lo hace para crecer su entusiasmo vital,

CATAS LITERARIAS EN LAS BODEGAS DE LA ALEGRÍA

su gusto y alegría de vivir.” La copa de vino como remedio contra la melancolía, que ya encontramos en Jayyam y encontraremos también en Cavafis, también la hallamos en Hafiz:

*“Si alguna vez me siento
de pesar agobiado,
y el tedio de este mundo
me deprime los ánimos,
no me deis medicinas
cataplasmas ni emplastos,
sino un vaso de vino.”*

A pesar de estar incluido en la nómina de los místicos sufíes, no podemos evitar que las palabras de Hafiz nos suenen hoy demasiado terrenales. Al igual que en su precursor, Jayyam, el vino se erige en símbolo contra la intolerancia de los fanáticos y los hipócritas, que probablemente también beben vino a escondidas. Así, en los siguientes versos contrasta mezquita y taberna, y sale ganando la segunda:

*“Apenas paro en la sombría mezquita,
y en la taberna encuentro mi placer.”*

Decíamos hace un momento que en Jayyam el vino simboliza, en cierto modo, la negación de la muerte. En uno de los poemas de Hafiz, se representa esta idea literalmente: el muerto regresará a la vida gracias al vino que se le ofrezca y acabará bailando sobre su tumba desafiando a la muerte, que resulta así derrotada:

*“Ven a mi tumba con semblante alegre,
una copa en la mano
y una canción en la risueña boca,
e invítame a beber, como reclamo.
verás que aprisa el bebedor antiguo
de la tierra se alza, a la luz sale,
y bebe de la copa que le brindas,
alegre e insaciable.
Y a tu alegre canción le forma coro,
y se pone a bailar, entusiasmado...
sobre su propia tumba... la macabra
danza de los borrachos...”*

En fin, la copa de vino hace que Hafiz se sienta “dueño del mundo” —coincide en esto con Rabelais y su “triumfo” sobre el mundo del que hablaremos dentro de un momento—, suaviza el temor ante el misterio y el temblor de las cosas de esta vida, tan frágiles y pasajeras. Su amor por el vino es tal que incluso llega a pedir ser enterrado en una bodega y no “en la tierra, / aguanosa y sin consuelo...”.

LAS VIÑAS EN LA GARGANTA DEL GIGANTE

En su esclarecedor ensayo sobre el enigmático Rabelais (c.1494-1553), Mijaíl Bajtín afirma que en *Gargantúa y Pantagruel* no existe el miedo. En estas novelas, que brotan del magma y la vitalidad del folklore y la cultura popular, el banquete es la celebración de la vida. Según Bajtín, al devorar y beber insaciablemente, los comensales “triumfan” sobre el mundo: se lo comen, en lugar de ser comidos. Las menciones al vino son continuas, siempre unidas a la alegría, así como constantes las invitaciones a beber que el autor hace a los lectores, con las que nos incluye en el inmenso festín de sus páginas. En efecto, Rabelais advierte: “Mejor es de risas que de lágrimas escribir, / Pues es lo propio del hombre reír.” En la risa carnavalesca de estos libros de gigantes, el vino desempeña un papel fundamental, es uno de sus medios privilegiados. En el “Prólogo del autor” de *Gargantúa*, Rabelais asocia, significativamente, su libro a la comida y la bebida, y dice que no le importa que su texto huelga más a vino que a aceite. Vemos así la misma reivindicación del vino frente a los hipócritas que ya vimos en Hafiz.

La vivacidad de la francachela queda bien dibujada en las vertiginosas réplicas entre los bebedores del “Coloquio de los muy borrachos” de *Gargantúa*. En efecto, ese entusiasmo, traducido en el hablar entrecortado de éstos, no deja lugar para temores, espanta cualquier pesadumbre que quiera posarse en la frente de los bebedores, sólo hay alegría en estado puro, y como en Hafiz, incluso negación de la muerte. Uno de los comensales desafía al tiempo:

“Bebo por las sedes venideras. Bebo eternamente. Tengo una eternidad de borracheras y una borrachera de eternidad.” Otro exagera burlonamente: “Mojo, humedezco, bebo, todo por miedo a morir. Bebed siempre y no moriréis. Si no bebo, estoy seco y muero. Mi alma huirá hacia una charca de ranas.”



FIG.3. Brueghel. *Baile de los labriegos* (1568), Kunsthistorisches Museum, Viena

CATAS LITERARIAS EN LAS BODEGAS DE LA ALEGRÍA

Gargantúa grita al nacer: “¡A beber! ¡A beber! ¡A beber!”, asombrando a Grangaznate, su padre, con esta tempranísima declaración de principios de extraordinaria vitalidad. Nos cuenta el narrador que sólo lograron calmar los llantos del monstruoso bebé dándole de beber vino, comienzo de una eficaz costumbre, ya que: “si ocurría que estuviese enfurruñado, enfadado, contrariado o mohíno, si pateaba, si lloraba, si gritaba, en dándole de beber se calmaba y se quedaba al instante tranquilo y contento”. A veces, a las niñeras les bastaba con hacer sonar las jarras y los vasos para tranquilizarlo. En fin, un remedio mucho más eficaz que una tila, desde luego.

En otro divertido episodio, las huestes de Picrócolo intentan saquear las viñas de la abadía de Seully, sin resultado, pues el desmesurado monje Juan de los Tajos las defiende a golpes con el asta de la cruz y siembra gran mortandad entre los enemigos a los que coge con las manos en la uva, en plena e improvisada vendimia: “los tamborileros habían desfondado sus tamboriles por un lado para llenarlos de uvas, las trompetas estaban cargadas de sarmientos y todos estaban en el mayor desorden”.

En otro momento, *Gargantúa* recoge unas lechugas para preparar una ensalada, entre las cuales se encuentran durmiendo seis peregrinos. Al comérsela, con gran apetito, el gigante se echa a la boca a cinco de los hombrecillos sin darse cuenta, pero el sexto no corre mejor suerte, ya que Gargantúa lo confunde con un caracol y tampoco le hace ascos. Tras el bocado, no podía faltar un trago de vino blanco, con el que casi los ahoga. Este gracioso incidente, nos hace evocar el capítulo de *Pantagruel* en el que el narrador camina dos leguas por la lengua del monstruo, que éste había desplegado para proteger a su ejército de un aguacero, y describe las maravillas que allí encuentra: compara la boca de Pantagruel con la iglesia de Santa Sofía, los dientes con enormes rocas; también contempla: “grandes praderas, grandes bosques, fuertes y enormes ciudades”. Después de hablar con algunos lugareños y de visitar una de esas ciudades, decide subirse a uno de los dientes, desde donde divisa, además de muchas otras cosas, “abundantes viñedos” que nos recuerdan las deliciosas viñas que había en el interior de la ballena de Luciano.

Cuando se establece la genealogía del gigante Pantagruel, hijo de Gargantúa, se destacan las características más notables de cada uno de sus ancestros que, en más de un caso, tiene que ver con el vino: de Etión se nos dice que “tuvo el gálico por no haber bebido vino fresco en el estío”; de Gabara, que fue el “inventor de la costumbre de bien empinar el codo”; de Otofo, que “se le quedó una nariz extraordinariamente hermosa de tanto beber del barril”; de Galeote, que fue el “inventor de las frascas”. La madre de Pantagruel muere al dar a luz a éste. Entonces, Gargantúa se debate entre la pena de esta pérdida y la alegría que le produce el alumbramiento de su vástago. Pasa de un estado de ánimo al otro, casi sin transición. En medio de este trance, el vino convoca inevitablemente a la alegría, a pesar de todo: “¡Qué contento estoy! ¡Bebamos! ¡Dejemos la melancolía! ¡Trae del mejor! ¡Enjuaga los vasos! ¡Pon el mantel!”. Al igual que en los casos del escéptico Jayyam y el alegre Hafiz, el vino también sirve de refugio, aunque aquí grotescamente, y así Gargantúa exclama: “¡Más vale llorar menos y beber más! Ha muerto mi mujer, ¡y pues!, ¡por Dios (...) que no la resucitaré con mis llantos!”



FIG.4. El Bosco. *Alegoría de la gula y la lujuria* (1490-1500), Yale University Art Gallery, New Haven

Por su parte, Panurgo, grandísimo bebedor y el más simpático sinvergüenza que pulula por estas novelas de gigantes, explica su afición al vino por la influencia de su señor Pantagruel: “Creo que la sombra de mi señor Pantagruel engendra sedientos, como la luna provoca catarros.” Con esta idea de Pantagruel jugará Rabelais a lo largo de la novela, como veremos enseguida. Panurgo manifiesta a las claras su irrenunciable afición por el morapio cuando habla sobre los turcos: “les contaba lo desgraciados que son esos diablos de turcos por no beber ni una gota de vino. Aunque fuese el único fallo del Alcorán de Mahoma, no me haría de su ley”. Por ese motivo, lleva siempre bajo su traje una botella y jamón, para que nada le falte. Después de su curiosa polémica con Taumasto, mantenida exclusivamente a través de gestos incomprensibles, aquellos y Pantagruel se ponen a “banquetear” desmedidamente, “teologalmente”, como suele decirse en este libro para indicar su modo exagerado de tragar vino. Los bebedores manifiestan la misma impaciencia que los borrachos del coloquio ya mencionado:

*“bebieron a vientre desabrochado (...) hasta decir: ¿De dónde venís?
 ¡Santos cielos! ¡Cómo chupaban de la bota, y las frascas venga a ir y a venir, y ellos venga a vociferar!
 —¡Saca!
 —¡Dame!
 —¡Paje, vino!
 —¡Echa! ¡Por todos los diablos! ¡Echa!
 No hubo ninguno que no bebiese veinticinco o treinta moyos. ¿Y sabéis cómo? Sicut terra sine aqua, pues hacía calor, y además tenían sed.”*

CATAS LITERARIAS EN LAS BODEGAS DE LA ALEGRÍA

Pantagruel, en su enfrentamiento con Anarco, rey de los “dipsodas”, los que tienen sed, emplea una estrategia con éste en la que se cumple la observación que sobre su amo había hecho Panurgo. A través de un prisionero, le envía a aquél una caja llena con un potingue purgante que le causa una sed insaciable, por lo que tienen que echarle grandes cantidades de vino en el gaznate con ayuda de un embudo. Sus soldados, que también habían probado el mejunje, pasan por la misma urgencia y beben hasta quedar “dormidos como cochinos”. Más tarde, Pantagruel los martiriza arrojándoles sal en la boca para multiplicar su sed. No obstante, hay que decir que Pantagruel y los suyos no son precisamente un ejemplo de sobriedad, pues según se nos indica, acabaron con 237 toneles de vino blanco antes de la batalla, que más bien parece un gigantesco banquete.

Una vez concluida, lamentan la baja del pobre Epistemon, salvajemente decapitado. Sin embargo, Panurgo, hombre de soluciones y profesional del optimismo, logra resucitarlo; limpia su cuello y su cabeza con vino blanco y, con la ayuda de unos ungüentos y una torpe costura, le devuelve el aliento y luego le ofrece “un vaso de muy mal vino blanco con una tostada azucarada”. Los únicos “efectos secundarios” de esta burda operación mágica son una ronquera y “una tos seca” que el resucitado sólo logra calmar bebiendo en cantidad. Entonces Epistemon cuenta cómo en el período de tiempo en el que estuvo muerto visitó el infierno, donde vio a algunos personajes célebres comportándose de un modo insólito. Por ejemplo, invitó a beber a Epicteto, el estoico, quien había dejado atrás la moderación que lo había caracterizado en vida y ahora estaba rodeado “con muchas doncellas, riendo, bebiendo, bailando, siempre banqueteando”. En suma, mucho más “vivo” que antes.



FIG.5. El Bosco. Detalle de *Los 7 pecados capitales* (c.1480), Museo del Prado, Madrid

LA VOZ DEL VINO

En *Acerca del vino y del hachís*, Charles Baudelaire (1821-1867) habla de la alegría del vino y su utilidad para suavizar cualquier pena. En él, el hombre encuentra una “segunda juventud”. Tanto en esta obra como en el poema “El alma del vino”, incluido en *Las flores del mal*, el poeta da voz al vino, que se dirige al trabajador después de la dura jornada: le habla de su mujer, cuya mirada volverá a brillar; de su hijo, que recobrará la energía. El vino permite al hombre elevarse sobre las miserias cotidianas, por grandes que éstas sean.

Al igual que Hafiz, Baudelaire desconfía profundamente de los abstemios, a los que define como “fanfarrones de la sobriedad” cuyo control esconde hipocresía o estupidez, y así afirma: “El hombre que sólo bebe agua oculta algún secreto a sus semejantes”. En su opúsculo, Baudelaire también ataca a los moralistas que insisten en los posibles peligros del vino, en realidad muy inferiores a los servicios que presta al hombre fatigado por el peso de la vida:

“Si el vino desapareciera de la producción humana, creo que en la salud y en el intelecto del planeta se abriría un vacío, una ausencia, una carencia mucho más espantosa que todos los excesos y desviaciones de los que se hace responsable al vino.”

EL VINO DEL CONSUELO

En su poema “Báquico”, Constantino Cavafis (1863-1933), vuelve sobre la vieja idea del vino como remedio frente a la melancolía y los obstáculos de la vida:

*“Ahíto de la burladora veleidad del mundo,
dentro de mi vaso la calma encuentro;
esperanza, anhelos y vida en él deposito;
dadme que beba.*

*Lejos aquí de malaventura de la vida y sus tormentas,
me siento cual marinero a salvo del naufragio
y dentro del puerto viéndome en embarcación segura.
Dame que beba.*

*¡Oh sana calentura de mi vino! Todo influjo
helador alejas. Ni de envidia o de oprobio,
ni del odio o las calumnias el frío me apura;
dadme que beba.*

CATAS LITERARIAS EN LAS BODEGAS DE LA ALEGRÍA

*La desgarrada verdad desnuda ya no la veo.
El placer de otra vida alcancé, tengo un mundo nuevo;
de los sueños me encuentro en la ancha llanura—
¡dame, dame que beba!*

*Y si es veneno, y si hallo la amargura
en él del perecimiento, hallé empero dicha,
ternura, alegría y abastanza en el veneno;
¡dadme que beba!”*

El poeta de Alejandría nos hace evocar vagamente el tono sentencioso y resignado de Jayyam. Estos versos de Cavafis que he elegido como colofón de nuestro recorrido están impregnados de una cierta pesadumbre. Concretamente, traen a nuestra memoria un estremecedor *rubayat* de Jayyam donde se advertía al lector: “Bebe vino, que es el mundo enemigo poderoso”. En Cavafis tenemos también, pues, esa confrontación entre el frío del mundo hostil y el calor del vino que nos aleja de temores y asechanzas. La petición de vino es aquí, sobre todo, una súplica impaciente. Estamos muy lejos del vino eufórico de Rabelais y su “triunfo” sobre el mundo. Cavafis no busca celebrar nada, sino tan sólo, modestamente, disolver las sombras que lo asedian con la ayuda de una templada alegría.



FIG.6. Gerard Terborch. *Mujer bebiendo vino* (1656-57), Städelsches Kunstinstitut, Frankfurt

BIBLIOGRAFIA

Bakhtine, Mikhaïl (1970), *L'œuvre de François Rabelais et la culture populaire au moyen âge et sous la renaissance*, traducción de Andrée Robel, Gallimard.

Baudelaire, Charles (1982; 2ª ed., 1985), *Las flores del mal*, traducción de Antonio Martínez Sarrión, Alianza Editorial, Madrid.

Baudelaire, Charles (1979; 4ª ed., 1986), *Los paraísos artificiales. Acerca del vino y del hachís*, traducción de Pere Pruna, Editorial Fontamara, Barcelona.

Cansinos Assens, Rafael (ed.) (2006) *Antología de poetas persas*, Arca ediciones, Madrid, [Cansinos preparó esta antología en 1955, que sin embargo no pudo ver la luz íntegramente hasta 1991, en la editorial Lípari, Madrid]

Cavafis, Constantino (1991), *Obra poética completa*, edición bilingüe de Alfonso Silván Rodríguez, Ediciones La Palma, Madrid.

Jayyam, Omar (2006), *Rubayat*, traducción de Clara Janés y Ahmad Taherí, Alianza Editorial, Madrid.

Luciano de Samósata (1998), *Relatos fantásticos*, traducción de Carlos García Gual y otros, Alianza Editorial, Madrid.

Muro Munilla, Miguel Ángel (2006), *El cáliz de las letras: Historia del vino en la literatura*, Fundación Dinastía Vivanco para la Investigación y Divulgación de la Cultura e Historia del Vino, Logroño.

Rabelais, François (1999), *Gargantúa*, edición y traducción de Alicia Yllera, Cátedra, Madrid.

Rabelais, François (2003), *Pantagruel*, edición y traducción de Alicia Yllera, Cátedra, Madrid.

[Los autores han sido citados a partir de las ediciones de esta bibliografía. Aunque Rafael Cansinos también incluye a Jayyam en su antología, hemos preferido seguir la traducción de Clara Janés y Ahmad Taherí]